

señalados durante la guerra de la independencia, y después perseguidos, cabezas y maestros de la secta liberal en la época primera de su existencia. Hubo, pues, restauración completa, trayéndose las cosas al punto donde estaban seis años antes, y á dirigir las cosas hombres salidos del encierro ó del apartamiento de los negocios, y nuevos en el teatro en que iban á representar los papeles primeros. Subidos estos al mando empezaron á tratar con sobra de entono y casi con desprecio á los hombres á quienes la Constitución debía su restablecimiento, y ellos verse libres y encumbrados, mirándolos como gente de poca valía, porque en los tiempos anteriores no habían figurado, y con más cordura, aunque con poca generosidad, considerando que para gobernar, acción de suyo conservadora, conviene mostrar en vez de favor desvío á los que con sus hechos se han acreditado de buenos para destruir; gente por lo común impropia para cuanto no sea seguir destruyendo. Añadíase á estas consideraciones ser especialmente Argüelles, y aunque en menor grado todos sus colegas, así en el ministerio como en los principales destinos, sujetos en quienes podía mucho el espíritu de pandilla. Hiciéronse, pues, insufribles, aun cuando obraban con justicia ó acierto, mostrándose con quienes los habían servido tibios y aun ingratos, y con quienes antes les habían sido contrarios de tal modo generosos, que no les era agradecido no vengarse, dando muestras de odio y desprecio á los ofensores á quienes no perseguían. Por su parte los hombres nuevos, ofendidos del poco miramiento con ellos usado, y tal vez arrepintiéndose de haber en sus ímpetus de ostentoso desinterés puesto el poder en manos ajenas, comenzaron á dar inequívocas señales de su descontento, porque en el momento de la victoria habían tomado para sí tan poco en provecho ó en honores. De estas disposiciones en los ánimos fueron siendo ejemplo los sucesos que nacidos de ellas á su vez las ponían patentes.

El primer rompimiento entre el gobierno y una parte de los liberales, fué procederse contra la sociedad del café de Lorencini, que cierto mereció su mala suerte por su imprudencia. No contenta con gozar de libertad, aspiró á adquirir poder; y con tolerársele que obrase como un cuerpo, se la consintió en que lo era político y con alguna autoridad en el Estado. Desde luego vió, según se ha contado, con desabrimiento la entrada en el ministerio del marqués de las Amarillas, y rompió contra este personaje en un constante disparar de invectivas amargas é injustas en gran manera, si bien no lo eran en todo, tomando en cuenta el interés de la revolución, y consideradas las cosas en cuanto á este se referían. A pueblo tan impaciente como el español, y tan poco hecho á la libertad de hablar y obrar, desahogarse en palabras parecía poco, no concibiéndose la idea de ser libres sino para llevar á efecto los propósitos formados, venciendo resistencias, y sujetando voluntades rebeldes. Así la sociedad se propasó hasta nombrar una comisión que fuese á palacio y se viese con los ministros liberales, significándoles ser la voluntad de los patriotas que separasen de sí á su mal visto colega. La ida de los comisionados fué con cierto alboroto y aplauso, que tuvo algo de motin. La respuesta de los ministros fué mandar prender á los comisio-